



más si como los de México están acostumbrados á ver corridas de toros.

"Quite Dios la venda de vuestros ojos para que veáis entonces que los bajonazos y las malas lidias alcanzan tantas protestas en México como en España".

Y á pesar de estas prédicas, nos llegan á última hora ciertas "eminencias", que califican de "tonto" á nuestro público y que quieren imponerse no con el propio valor del torero-verdad, sino á favor de prosopopeyas, tras de las cuales asoma la oreja el "canguelo" de roja marca.

La temporada actual nos ha puesto en el medio justo de comparar escuelas y procederes, á la vista de las dos primeras figuras del toreo contemporáneo: Mazzantini y Fuentes.

El paralelo se impone. Mazzantini, en su condición del momento, representa al estoqueador, al simple estoqueador. En los dos primeros tercios de la lidia, se aísla, no quiere ser actor en las escenas de la refrlega dura, y convirtiéndose en espectador, sigue sin inmutarse, los movimientos desenfundados que marcan á la res,

El toreo, el toreo verdadero, aquel que no permite en su estilo triquiñuelas ni embustes, el que no lleva sino la envoltura brillante que presta el valor y que teje la habilidad, ese toreo es el que arrebató ahora nuestros aplausos y al calor de las emociones nos hace prorrumpir en gritos jubilosos.

El gusto se ha refinado á fuerza de ver desfilar toreros y más toreros, y de la observación constante y culta-



"Pepe Largo" en el 4o. toro.

ca", puesto que las piernas no están res en derredor "avisando", "avil quietas, que la flámula, como por ar- sando" sin cesar.



Mazzantini á dos leguas... prudenciando.



"Parrao" en un cambio sin clavar los rehiletos.

dosa, tiene que resultar el conocimiento firme, la apreciación exacta de lo que entraña en sí mismo el espectáculo de reses bravas.

El público de México ya no usa pañales. Comprendo lo que encierra méritos, aplaudo lo que es digno de la ovación, y censura sin rodeos lo ridículo, lo falso, lo que se enreda en la torpeza.

Por esto, dirigiéndose en vibrante apóstrofo á los émulos de Cúchares, un distinguido escritor español les dice, refiriéndose á los públicos de la América Latina y particularmente al de México:

"Desengañaos, desengañaos, los que buscáis la Jaula eterna y váis á ocultar vuestro modesto estilo de toreo ante aquel público que juzgáis inocente y benévolo; desengañaos: aquel público podrá ser benévolo, pero inocente ya no lo es.

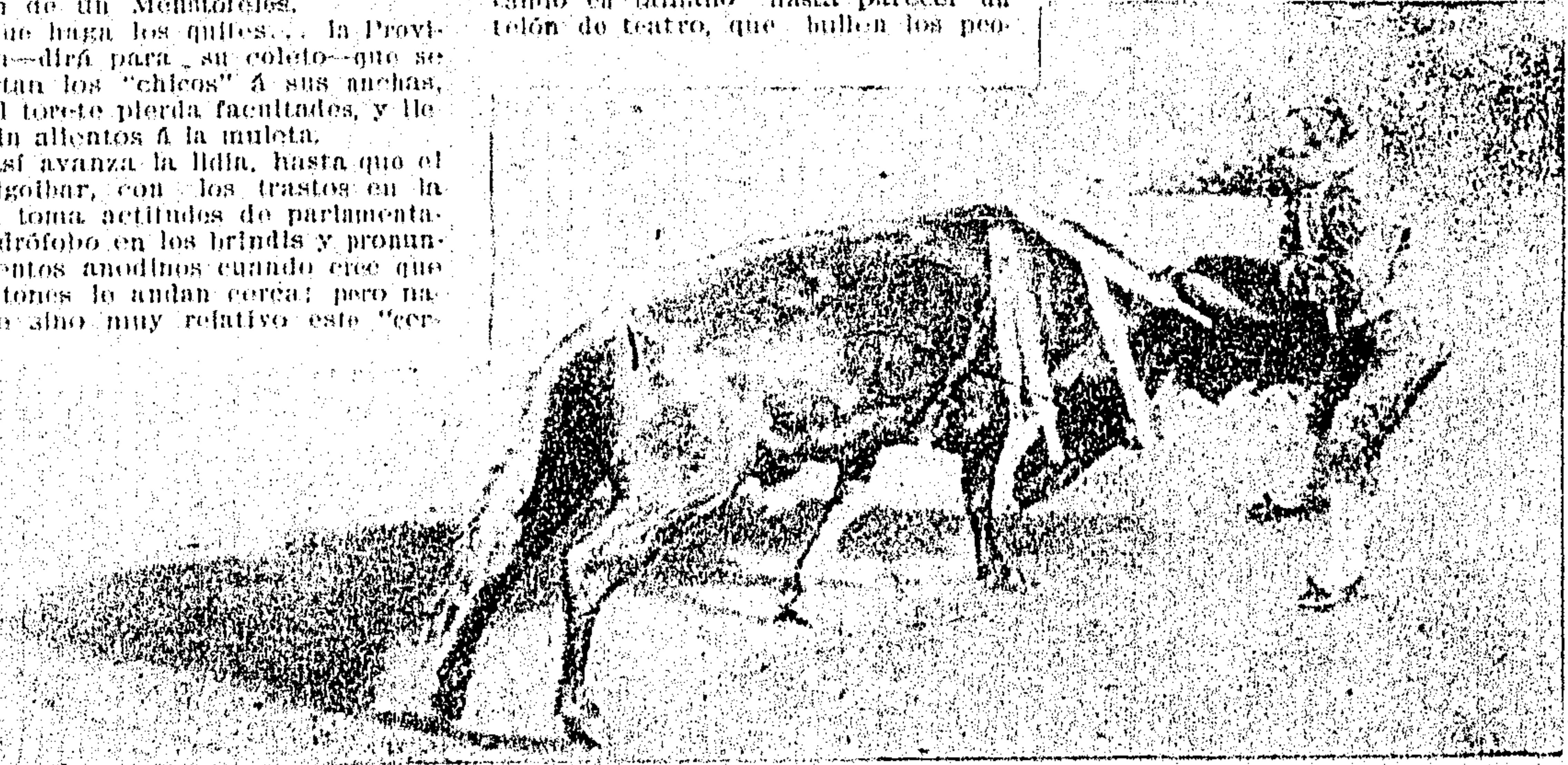
"Allí se ha progresado en todo; por allí han pasado figuras eminentes de la tauromaquia; allí, cuando una empresa necesita toros, no va al bosque y los caza, sino que tiene sus ganaderías y en éstas siguen los mismos procedimientos que en España para aquilatar la bravura de una res; allí, los seleccionados son tan buenos, como los de nuestra península; mucho

recostado en las tablas, con el aire burlesco de un Meñatófeles.

—Que haga los quites... la Providencia—dirá para su colete—que se diviertan los "chicos" á sus anchas, que el toreo pierda facultades, y lleve sin alientos á la muleta.

Y así avanza la lidia, hasta que el de Elgoibar, con los trastos en la mano, toma actitudes de parlamentario hidrófobo en los brindis y pronunciamientos anodinos cuando cree que los pitones lo andan cerca; pero nadie ve sino muy relativo este "cer-

to de prestidigitación, ha ido aumentando en tamaño hasta parecer un telón de teatro, que bullen los peo-



Mazzantini estoqueando el tercer toro de Benjumea.